



Vol. 8, No. 2, Winter 2011, 1-33
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Una promesa de folletos. El rol de la prensa en el movimiento anarquista en la Argentina (1890-1930)

Luciana Anapios

CONICET-UBA-IDAES/UNSAM

“No hablamos de los que edita la burguesía. Eso es estruendo industrial, tinta arrojada a la cara de los lectores, una flota de papel echada al agua de los arroyos. Polícromos y copiosos no alcanzan, sin embargo, a aprisionar un pétalo de belleza.”¹

“¿Que hay muchos periódicos anarquistas? ¡Con nuestra hojita hay uno más!”²

Este trabajo se propone indagar en torno a las particularidades de la prensa anarquista, sus rupturas y continuidades en el período que va entre 1890 y 1930, y reflexionar sobre los conflictos y contradicciones que constituyeron simultáneamente su principal riqueza. El recorte temporal supone tener en cuenta la conformación de los primeros grupos y

¹ “El Periódico”, en Rodolfo González Pacheco, *Carteles* (Buenos Aires: Américalee, 1956), 86.

² “Nuestros propósitos”, en *Nuestra Tribuna*, No. 1, 15 de agosto de 1922.

publicaciones que representaban a diversas corrientes, el proceso por el cual el periódico *La Protesta* se convirtió en vertebrador de una serie de recursos y las transformaciones y adaptaciones durante la entreguerras frente al impulso de la prensa comercial y la cultura de masas. Si bien muchos de estos elementos continuaron durante los años treinta, el golpe de Estado de septiembre de ese año inauguró otra etapa que merece ser tratada en profundidad en relación a la cultura de izquierda.³

El punto de partida para este análisis es el debate en torno a las características y funciones de la prensa durante la segunda mitad de la década de 1920. En estos años, las principales agrupaciones que formaban el movimiento anarquista en Argentina dedicaron una serie de espacios a discutir cómo era y cómo debería ser la prensa libertaria.

Desde fines del siglo XIX y sobre todo en la primera década del siglo XX el anarquismo fue un actor fundamental de la vida cultural y política argentina. Las prácticas desplegadas por militantes, intelectuales y propagandistas—entre las que se destacaron la creación de instituciones culturales y educativas, organizaciones obreras, publicaciones periódicas, libros y folletos—contribuyeron a conformar una identidad y una cultura obrera contestatarias. Sin embargo, esta visibilidad y el lugar preponderante del anarquismo iban a cambiar lentamente durante la segunda década del siglo XX. A esto contribuyeron tanto la represión al movimiento a partir del Centenario de 1910, como las transformaciones en el sistema político y en la sociedad civil tras la reforma electoral y los sucesivos gobiernos radicales.⁴

³ El 6 de septiembre de 1930 el General José Félix Uriburu, representante del ala nacionalista del Ejército, coordinó el primer golpe de Estado en la Argentina contra el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Si bien el golpe estuvo dirigido por el sector nacionalista de derecha y de tinte corporativista tuvo apoyo de todos los sectores del Ejército, los partidos políticos, la prensa y un amplio sector de la sociedad civil.

⁴ Los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo en Argentina se dieron en medio de la declaración del Estado de Sitio, el allanamiento de locales obreros y redacciones de la prensa libertaria y la sanción de leyes represivas que favorecían la expulsión de militantes anarquistas. En 1912 se sancionó la Ley Sáenz Peña que garantizaba el voto obligatorio y secreto para todos los ciudadanos argentinos mayores de 21 años (esto excluía a las mujeres e inmigrantes). Esta ley permitió el triunfo de la Unión Cívica Radical (UCR) en las elecciones presidenciales de 1916 e inauguró el período de gobiernos radicales de Hipólito Yrigoyen (1916-1922), Marcelo T. de Alvear (1922-1928) y nuevamente Hipólito Yrigoyen en 1928. Este último fue interrumpido por el golpe de Estado de 1930.

A estas transformaciones se sumó la irrupción de la cultura de masas, con la radio, el cine, el fútbol y una industria editorial variada que competía con la cultura de izquierda por el mismo público lector. Por todas estas razones la década de 1920 fue un desafío para el anarquismo en Argentina. Los esfuerzos se destinaron a reorganizar los principales periódicos, federaciones, círculos y agrupaciones, recuperar el impulso y las fuentes de financiamiento. Durante la segunda mitad de la década, frente al declive de su influencia en el movimiento obrero y el alejamiento de algunos militantes e intelectuales, las querellas internas se multiplicaron. Esta coyuntura fue una oportunidad para discutir el *problema de la prensa* que representa una vía de entrada a la discusión por la propaganda y el poder dentro del movimiento.

Los congresos regionales, los de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y los editoriales de los principales periódicos fueron ámbitos donde el objeto de debate eran la prensa y la imprenta—como su manifestación material más concreta.⁵ Para algunos reconocidos militantes e ideólogos libertarios el problema se centraba en el hecho de que ciertos periódicos anarquistas tuvieran imprenta propia; esto los convertía en poderosas empresas comerciales, les permitía pagar salarios, realizar una multiplicidad de trabajos no siempre vinculados a la propaganda y redistribuir dinero dentro del movimiento. En esa línea, las posturas más radicalizadas sostenían la necesidad de que la colectividad anarquista interviniera en la administración de *La Protesta*—el periódico más importante del movimiento—, que se liquidaran todos sus bienes y volviera a imprimirse en talleres alquilados. Sin embargo, la mayoría de las voces optaron por impulsar e incentivar la publicación de nuevos periódicos, revistas y “hojitas” que representaban a las diversas tendencias y corrientes internas del anarquismo local. Según esta perspectiva, la superposición de publicaciones era uno de los principales rasgos del diarismo anarquista y por ello, como deja entrever el epígrafe, un signo saludable.

⁵ La Federación Obrera Regional Argentina, dirigida por el anarquismo, fue la central obrera más importante del país hasta 1915 cuando la corriente sindicalista comenzó a ganar terreno en la organización del movimiento obrero frente al anarquismo.

Estos debates brindan una serie de elementos para reflexionar sobre las características de la prensa anarquista en un período más amplio. Algunas de las cuestiones puestas en discusión ya habían sido debatidas en el anarquismo en la Argentina desde su surgimiento y estaban vinculadas con las características del mensaje cultural libertario y sus contradicciones. Muchos de los elementos que conformaron su oferta cultural estaban en diálogo con otras propuestas políticas y gremiales de la izquierda, pero también con iniciativas originadas desde la cultura dominante. Es decir que existía un espacio compartido, un contexto en el que el discurso anarquista estaba expuesto a mediaciones, influencias diversas y prácticas compartidas con otros sectores. Sin embargo, muchos otros elementos de su mensaje cultural expresado en la prensa fueron específicos del anarquismo.

En la búsqueda de aquellas particularidades de la prensa libertaria, partimos de la hipótesis de que no es en los objetivos y estrategias donde se halla su especificidad. La prensa como vehículo de propaganda de ideas y como herramienta de educación fue una perspectiva compartida por todo el arco de las izquierdas, así como el rol del periódico en las estrategias de conformación de una identidad socialista o anarquista. La prensa anarquista compartió, además, recursos culturales, referencias a autores y tradiciones intelectuales con diversos sectores del liberalismo.

Para comprender su especificidad debemos analizar la experiencia concreta y sostenida en el tiempo en la publicación y administración de la prensa anarquista. La multiplicidad de corrientes que albergaba el anarquismo y la ausencia de una autoridad reconocida que delimitara qué expresiones estaban dentro y fuera del movimiento fue la principal fortaleza y a la vez la mayor fuente de complejidad para el proyecto de sostener publicaciones periódicas que fueran expresión de esas diversas tendencias. Esta característica profundizó las contradicciones en las prácticas vinculadas a la prensa; en todo este período se escucharon intervenciones a favor y en contra de la transformación de *La Protesta* en una empresa comercial, la centralización en el manejo de los recursos provenientes de las ventas por suscripción, el manejo de esos fondos, los cargos rentados y las iniciativas periodísticas descentralizadas—incluida la

publicación de periódicos dirigidos exclusivamente por mujeres que fueron criticados tanto por este hecho como por constituirse en una nueva voz en el ámbito periodístico libertario.⁶

Una voluntad compartida: “leer y hacer que otros lean”

A partir de las revoluciones liberales de mediados del siglo XIX la libre expresión de ideas y opiniones se amplió y dejó de ser un derecho casi exclusivamente burgués para incluir a los sectores populares que se incorporaron a la política y sus instituciones, una de las cuales fue la prensa. Este proceso de ampliación del público lector modificó y transformó radicalmente el sentido de la prensa. Una de las características del periodismo de este período fue su rápida diversificación y ampliación. Fue el símbolo de una nueva era caracterizada por la velocidad, el debate ideológico, la impugnación al poder, la actuación en equipo y la combinación del trabajo intelectual y manual, que se encarnó en la figura del tipógrafo, oficio del que surgirían ideólogos y organizadores del movimiento obrero.

El caso argentino presenta algunas particularidades con respecto a Europa. Adolfo Prieto ha señalado la temprana incorporación de un nuevo público lector, producto de las estrategias de modernización emprendidas desde el Estado y de las campañas de alfabetización a fines del siglo XIX (Prieto, 1988). El rol de la prensa periódica en su conformación fue fundamental; fue la puerta de entrada a la lectura para vastos sectores y al mismo tiempo se alimentó y creció al ritmo del nuevo público lector. De este modo se convirtió en un espacio compartido por la cultura letrada y popular conformando un terreno común de lectura.⁷ Tanto la prensa

⁶ Sobre las tensiones entre la diversidad de *voces* anarquistas ver Laura Fernández Cordero, “Subjetividad, sexualidad y emancipación. Anarquistas en Argentina (1895-1925)”, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2010.

⁷ Adolfo Prieto sostiene que a diferencia de Europa en Argentina la literatura popular no tuvo una fuerte tradición propia y autónoma. Por ello la prensa periódica vino a proveer ese espacio potencialmente compartido entre la alta cultura y la cultura popular. En Europa en cambio, hasta el siglo XIX “los circuitos de lectura popular y culta habían seguido líneas de dirección si no paralelas al menos visualizadas como profundamente distantes”. Ver Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (Buenos Aires: Sudamericana, 1988), 14.

periódica como las ediciones baratas, el folletín, la novela semanal y el poema lírico crearon su propio circuito e incorporaron tempranamente a los trabajadores nativos e inmigrantes a la lectura.

Sobre todo en Buenos Aires el impacto de las transformaciones en el último tercio del siglo XIX favoreció la constitución de un espacio público en el que diversos grupos y sectores intervinieron como mediadores entre la sociedad civil y el Estado para presionar por sus intereses de manera directa (Sábato, 1999):

A comienzos del '80, en toda la República, se publicaban 148 periódicos, es decir, uno cada 13.509 habitantes. El único estudio estadístico de la época arrojaba un total de 215 publicaciones entre diarios y periódicos, de los cuales más de 100 se editaban en la ciudad capital, donde circulaba un diario cada siete habitantes. Este floreciente desarrollo periodístico era seguido con atención tanto por los argentinos como por los visitantes y residentes extranjeros. (Cibotti, 2000: 379).

Así como el gobierno había hecho de la prensa una herramienta de intervención política que le permitía influir sobre la incipiente opinión pública unificando opiniones, construyendo imágenes sobre la sociedad, delineando territorios y determinando sus márgenes, los usos de la prensa escapaban a los notables. Periódicos políticos y empresas periodísticas comenzaban a delinear sus propias prácticas, sus amigos y enemigos, intercambiaban ideas y se ejercitaban en el oficio de escribir contribuyendo a formar una opinión pública (Lobato, 2000: 179).

Tener un diario formaba parte de una necesidad para cualquier grupo que buscara tener presencia pública, presionar por sus intereses o defender una opinión. La mecanización de los procesos de impresión desde fines del siglo XIX permitió bajar costos por medio de una mayor tirada de ejemplares y la disminución de los operarios necesarios para manejar los equipos; al mismo tiempo el voceo de los periódicos por los canillitas, la venta por suscripción y la existencia de una libertad de prensa que permitía la expresión de ideas consideradas peligrosas favorecieron su circulación a fines del siglo XIX (Eujanián, 1999).⁸

⁸ Entre comienzos de siglo y 1910 se produjo el avance definitivo del Estado sobre la libertad de prensa. La ley de Defensa Social, sancionada en 1910 para reprimir al anarquismo disponía de penas de uno a tres años a quienes verbalmente, desde la prensa o cualquier otro impreso “hagan públicamente la

La difusión de la palabra escrita a través de la prensa periódica adquirió un lugar central entre las formas de propaganda política e ideológica del campo socialista. Tanto socialistas como anarquistas reconocieron en la prensa una herramienta central y dedicaron sus esfuerzos a crear un campo periodístico alternativo destinado al consumo de los trabajadores (Suriano, 2001). La identificación de la palabra escrita como un espacio simbólico vital en la transformación del mundo fue vinculada a la lucha contra la ignorancia, un objetivo en el que coincidían las ideologías del campo socialista en su sentido más amplio, como hijas de la razón ilustrada. Si bien desde fines del siglo XIX anarquistas y socialistas profundizaron sus diferencias, compartían, en palabras de Régis Debray, un mismo evangelio: “leer y hacer que otros leyesen” (Debray, 2007, 11).

Para el universo educativo de la cultura socialista el periódico era una necesidad. No funcionó sólo como una herramienta de agitación y propaganda sino también como un instrumento de organización que creaba a su alrededor una red de intercambios y vínculos. Debray destaca la relación entre prensa y partido y el hecho de que antes de la aparición de la prensa no existieran partidos obreros en Francia, algo que puede extenderse al caso argentino. “Fuera la referencia Marx, Bakunin o Fourier, las palabras impresas se sembraban para después cosechar activistas” (Debray, 2007, 16).

En el caso argentino la prensa socialista y anarquista, como las propuestas periodísticas más tempranas del campo de las izquierdas, compartieron muchas de sus características. Hacia fines del siglo XIX hicieron aparición los primeros periódicos con un contenido político e ideológico alternativo al tradicional cuyo interlocutor principal fueron los trabajadores (Tarcus, 2007; Suriano, 2001). El rol que ambas ideologías otorgaron a la prensa en sus primeros años fue bastante más cercano de lo

apología del delito” y le adjudicaba a la policía el poder de sancionar y censurar cuando lo considerase necesario. El periódico anarquista *La Protesta* fue clausurada en varias oportunidades; tras el levantamiento radical de 1905, luego de la represión del 1 de mayo de 1909, en mayo de 1910 bajo la Ley de Defensa Social. El 15 de mayo de 1911 comenzó a publicarse en Montevideo e ingresó clandestinamente a Buenos Aires. Reapareció en esta ciudad el 20 de julio de 1913. Como consecuencia de la Semana Trágica de 1919 volvió a interrumpir su impresión en 1919. En Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910* (Buenos Aires: Manantial, 2001), 185.

que podría suponerse y formó parte de las prácticas constitutivas de la sociabilidad de izquierda. Recientes aportes a la historiografía de las izquierdas intentan rescatar aquellos espacios comunes en los que se conformaron dos identidades diferenciadas que no obstante compartieron y construyeron un universo propio sobre la base de un conjunto de prácticas políticas y culturales comunes (Albornoz, 2009).

Para los anarquistas la prensa fue un recurso clave en el esfuerzo por moldear, orientar y dirigir una identidad contestataria que no sólo interviniera en la vida política sino que alcanzara las costumbres y modos de vida. El rol otorgado a la prensa por el movimiento libertario era central y desde fines del siglo XIX una serie de publicaciones estables constituyeron un núcleo sólido que contribuyó, junto a centros y círculos, a concentrar al movimiento y dotarlo de una voz a falta de un partido centralizado. En este sentido Juan Suriano destaca que la prensa funcionó como la columna vertebral del movimiento entre fines del siglo XIX y los primeros años del XX. Periódicos como *El Perseguido* y *El Oprimido* a comienzos de la década del '90, seguidos por *La Protesta Humana*, *El Rebelde* y *L'Avvenire* a fines de la década, contribuyeron a dotar de cierta figuración y continuidad a la prensa libertaria al mismo tiempo que eran la expresión de las corrientes individualistas, antiorganizadoras u organizadoras que contenía el anarquismo. El creciente peso que cobró dentro del movimiento esta última corriente fue de la mano con la consolidación de *La Protesta Humana* como el periódico más importante de la colectividad. Su transformación en *La Protesta* y sobre todo su conversión en diario a partir de 1904, junto con su relativa modernización con respecto al resto de los emprendimientos libertarios, le otorgaron a este periódico el rol central que tuvo dentro del movimiento.

Esta característica, que en un primer momento podría parecer exclusiva del anarquismo como un movimiento conformado por múltiples tendencias y corrientes, fue sin embargo compartida en sus inicios por la prensa socialista. Ricardo Martínez Mazzola llama la atención sobre el riesgo de suponer que la prensa socialista fue el órgano del partido desde sus inicios. A fines del siglo XIX el rol de la prensa en el socialismo se acercó mucho al que tuvo en el anarquismo. Los proyectos periodísticos del

socialismo precedieron por mucho a la organización política partidaria e inclusive impulsaron su formación.⁹ A partir de su aparición en 1894 el periódico *La Vanguardia* funcionó como columna vertebral del movimiento socialista que hasta 1896 estaba formado por una serie de clubes que mantenían inestables relaciones entre sí. Sin un partido orgánico, fue el periódico el que “operó como la cara visible y virtual conducción del movimiento socialista en el país” e intervino en el debate interno en nombre de un partido socialista que aún no existía formalmente (Mazzola, 2005). Fue recién a partir de 1905, tras el triunfo de la línea *justista* y la salida de los sindicalistas, que el partido se volvió más homogéneo y predominaron en él quienes interpretaban la lucha política como lucha electoral.

Aunque posterior, la prensa comunista tuvo un rol muy diferente al que caracterizaba a socialistas y anarquistas. Hernán Camarero sostiene que la prensa fue una herramienta del Partido Comunista argentino para entrar en los lugares de trabajo. En este sentido fue una estrategia partidaria que comenzó a ser utilizada en la década de 1920, cuando el PC se convirtió paulatinamente en una maquinaria centralizada y ramificada de elaboración de órganos periodísticos (Camarero, 2007, 42). A diferencia de la prensa socialista y anarquista, el PC alentó la publicación de periódicos de fábrica cuyo principal objetivo era tratar cuestiones laborales. La principal función de esa prensa era la agitación en los lugares de trabajo y Camarero destaca que en la década de 1930 llegaron a existir más de cien órganos de prensa que funcionaban en la clandestinidad.¹⁰ La principal diferencia con la prensa anarquista radicó en el control absoluto del Partido Comunista sobre el contenido, la regularidad e inclusive el nombre que se daban estos periódicos de células.

⁹ Mazzola destaca el papel central de la prensa en la construcción de una identidad socialista y sostiene que publicaciones como *El Obrero*, *El Socialista* y *La Vanguardia* se constituyeron como el primer motor del proceso de fusión de clubes y agrupaciones socialistas que darían por resultado la fundación del Partido Socialista en 1896.

¹⁰ Para una lista detallada de los periódicos de empresas organizados por el Partido Comunista en Capital Federal y Gran Buenos Aires ver Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 44-46.

La prensa gremial también formó parte del proceso de ampliación del público lector a fines del siglo XIX y del surgimiento de una prensa de la disidencia social. En su investigación sobre la prensa obrera en el Río de la Plata, Mirta Lobato analiza el desarrollo de esta prensa que se convirtió en una herramienta fundamental en la construcción de la identidad de los trabajadores, en un signo de la respetabilidad de su cultura y cuyo mayor logro fue contribuir a la aceptación de la *cuestión obrera* por parte de fuerzas políticas más amplias (Lobato, 2009, 204). La autora plantea que, si bien la prensa gremial no puede escindirse de la prensa de izquierdas y partidaria en el sentido de que compartieron un interlocutor y contribuyeron a “construir” a un público trabajador, debe considerársela, en cambio, como “estrictamente obrera”. Los periódicos gremiales eran realizados por los trabajadores de una determinada rama de la producción industrial y expresaba las aspiraciones de sus organizaciones. En este sentido la prensa gremial compitió con la prensa político-ideológica—anarquista y socialista a comienzos de siglo, comunista entrado el siglo XX—pero también con la prensa comercial de masas por el público obrero. En un sentido amplio, la prensa gremial compartió con la prensa socialista la idea de contribuir a crear una identidad contestataria y en este sentido el obrero movilizado con el periódico anarquista en la mano instalaba otra representación del trabajador y del inmigrante; era un ser autónomo con un punto de vista propio sobre lo real, con capacidad crítica y de autoorganización (Di Stefano, 2010, 151).

En relación al rol de la prensa, el anarquismo compartía con otras corrientes de la izquierda y con la prensa gremial la idea de la centralidad de la lectura y la autoinstrucción de los trabajadores. No obstante, la historiografía ha destacado el hecho de que una de las especificidades de la prensa anarquista radicaba en su destinatario. Para los anarquistas el periódico era concebido como un instrumento científico puesto al servicio de la emancipación humana y no sólo como un producto específicamente obrero aunque estuviera dirigido a los trabajadores y fuese leído por ellos (Suriano, 2001). Este campo fue cubierto más bien por la prensa gremial, mientras los periódicos libertarios centraron su estrategia en la emancipación universal y la difusión de los contenidos doctrinarios

libertarios—en los que claramente se diferenciaban de los socialistas en torno al problema del Estado, la acción parlamentaria, la legislación laboral, la huelga general, la violencia y la revolución. En su análisis de las prácticas del lenguaje libertario Mariana di Stefano sostiene que los rasgos identitarios del grupo al que interpela la prensa anarquista no se reducen ni a la defensa de los desheredados como grupo social ni a valores abstractos. Las estrategias discursivas de la prensa representaban toda una forma de estar en el mundo que incluía amar, trabajar, luchar, sufrir, estudiar y divulgar. Periódicos como *La Protesta Humana* o *La Protesta* no se dirigían a los obreros o a los trabajadores sin más sino a aquellos “inteligentes” y con sensibilidad social, a quienes razonaban por sí mismos y poseían un juicio crítico que eran cualidades del “hombre libre” que la prensa libertaria quería ayudar a construir con una insistencia mucho más evidente que en la prensa socialista (di Stefano, 2009, 202-203)

Esta última también interpeló al público obrero y contribuyó a la construcción de una identidad proletaria y contestataria. Pero también para el socialismo el destinatario fue difuso, sobre todo tras la consolidación de la línea de Juan B. Justo dentro del Partido, cuando cobrará fuerza la idea de dirigir la acción hacia la lucha electoral para transformar la legislación (Mazzola, 2005). A partir de ese momento, aunque por otras razones, también en la prensa socialista se desdibujó el destinatario obrero mientras se acentuó el tono universalista que apelaba a públicos más amplios.¹¹ Diego Armus por su parte, sostiene que el público lector al que estaba dirigido el periódico socialista *La Vanguardia* replicaba y aún ampliaba al de *La Protesta*: una masa de trabajadores vagamente definida donde se confundían desheredados, artesanos, proletarios pero también empleados, consumidores y cuentapropistas (Armus, mimeo).

La prensa comunista en cambio buscaba consolidar, a través del contenido pedagógico, una identidad proletaria y comunista. En todo momento interpeló a los obreros y el obrerismo de la prensa y del partido fue un obstáculo inclusive para la incorporación de escritores e

¹¹ En este sentido Mazzola sostiene que las transformaciones en la prensa socialista deben asociarse con las definiciones políticas de un partido que, en forma errática, fue pasando de un perfil obrero definido a interpelaciones de tipo popular.

intelectuales.¹² Hernán Camarero sostiene que el Partido Comunista concebía el espacio de la cultura obrera como autónoma y separada de la cultura popular; pero a diferencia del anarquismo el PC ayudó a construir una cultura obrera a través de la lucha extraparlamentaria en los lugares de trabajo más que por un proyecto pedagógico-científico (Camarero, 2007, 282).¹³ Los obreros fueron los interlocutores exclusivos de la prensa de base del PC que la utilizó como una herramienta para proletarizar al partido y lograr su inserción en el movimiento obrero.

El discurso universalista y pseudocientífico de la prensa libertaria no fue exclusivo del anarquismo. Tanto la prensa socialista como ciertas zonas de la prensa comercial compartieron este lenguaje. No obstante, como han analizado Suriano para el caso argentino y Lili Litvak para el español, la prensa anarquista era doctrinaria e ideológica e “intentaba convencer a los desposeídos a través de un mensaje ético-doctrinal diferente al de la prensa de información. Lo hacía a través de un lenguaje que privilegiaba las *estrategias discursivas de lo sensible*, esto es un *diálogo de sensaciones y sensibilidades entre el enunciador y el interlocutor*” (Litvak, 1995; Suriano, 2001: 192). El lugar para la información de actualidad era casi nulo en comparación con la prensa comercial y sobre todo a fines del siglo XIX, en el caso de que apareciera información, era para articularla con su posicionamiento doctrinario. Aún cuando desde comienzos de siglo creció el espacio dedicado a la vinculación con la realidad argentina—y esto se vinculó en muchos casos con la composición de los grupos editores—la incorporación de secciones informativas sobre conflictos gremiales se utilizaba para confirmar la propia doctrina. El tono era de denuncia social y no se relataban los acontecimientos de los conflictos concretos. En esto coincidía con la prensa

¹² En los años ‘20 un grupo de escritores y ensayistas de la nueva generación que simpatizaban con el comunismo se acercaron al partido. El caso del escritor Roberto Arlt fue un ejemplo de los límites de esta vinculación. Arlt fue caracterizado como *herético* por parte de “un partido intelectualmente tan tosco y dogmático, narcotizado por las caracterizaciones del tercer período”. En Hernán Camarero, op. cit. 271.

¹³ Camarero sostiene que fue justamente la creación de ámbitos de sociabilidad cultural específicamente obreros los que permitieron al partido Comunista resistir los embates tanto externos—como la represión tras el golpe de estado de 1930—como internos. Ver Hernán Camarero, op. cit.

gremial y contribuían a la construcción de tradiciones obreras en la Argentina (Suriano, 2001; Lobato, 2009).

El espacio dedicado al contenido doctrinario y a la información general fue una de las principales diferencias con la prensa socialista y se vinculaba con el hecho de que los socialistas consideraban la política como un espacio en el cual se debía intervenir. Si bien desde sus inicios *La Vanguardia* reservó un amplio espacio para las notas de carácter doctrinario, en comparación con la prensa anarquista le dedicó uno mucho mayor a las notas informativas y coyunturales.

En cuanto a las estrategias desplegadas en los principales periódicos anarquistas, Juan Suriano ha analizado las principales características de la prensa hasta el Centenario. Se organizaban en secciones fijas en las que se destacaban principalmente los artículos doctrinarios que eran la esencia del periódico; estas notas podían estar firmadas con nombres reales o seudónimos; la primera página del periódico era el espacio para los editoriales, las notas de opinión sobre temáticas locales y los textos de divulgación teórica entre los que ocupaban especial relevancia las traducciones que se publicaban por partes en sucesivos números.¹⁴ Para intensificar la eficacia del carácter doctrinario el periódico solía estar intercalado por frases sueltas y cortas; esta reducción del lenguaje a mensajes a tal punto concentrados eliminaban todo carácter informativo para impregnar la frase de ideología que quedaba en la percepción de los lectores a fuerza de repeticiones (Litvak, 1995).

Esta caracterización ha sido recientemente matizada por Mariana di Stefano, quien sostiene que en la prensa anarquista la información sobre el contexto nacional e internacional era abundante y que era su tratamiento el que difería del que le daba la prensa comercial (di Stefano, 2009: 230). Si bien el espacio que ocupó la información en la prensa anarquista parece haber sido mucho menos relevante de lo que propone di Stefano—sobre

¹⁴ Mariana di Stefano plantea que estrategias como la del “continuará” en los artículos doctrinarios o el periodo en el que la última página de *La Protesta Humana* era editada en forma de cartel hablan de la representación del objeto diario para el anarquismo como algo que puede guardarse y volver sobre él para una relectura. En Mariana di Stefano, “Políticas del lenguaje del anarquismo argentino (1897-1917)”. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, octubre 2009, 186.

todo a fines de siglo XIX y principios del XX—su reflexión sobre el estilo en la prensa libertaria resulta un aporte a la hora de pensar su especificidad.¹⁵ El estilo de la prensa anarquista fue objeto de un tratamiento controlado sobre el que recayó el peso de la ilustración, expresada en el cultismo como en la claridad y en la ilación razonada de ideas. En este sentido la escritura en la prensa fue el espacio por excelencia de construcción del anarquismo como un sujeto crítico, culto y racional pero también un ser cuya emocionalidad, sensibilidad y fuerza estaban sujetas al control de la razón (di Stefano, 2009, 267-268).

En el tratamiento de los temas de actualidad así como en la caracterización de la sociedad, la estrategia utilizada era la oposición binaria, “la denuncia contra los empresarios, la policía y el gobierno (indignos y brutales) así como el realce de la condición obrera (digna y valiente)” (Suriano, 2001, 198). La prensa anarquista utilizó estos mensajes en dos niveles, el textual y el gráfico. La construcción de lo que Litvak menciona como un código de símbolos visuales que reemplazaban la lengua escrita fue una característica compartida con la prensa gremial producida por y dirigida a los trabajadores. Las formas de representar el trabajo y sus condiciones, exaltado en su aspecto penoso, a los obreros, consumidos por la explotación, a los enemigos del pueblo—burgueses y curas gordos que aparecían como el símbolo del vicio—a las mujeres trabajadoras, fueron compartidas por buena parte de la prensa gremial.¹⁶

Las particularidades locales también se manifestaban en quiénes escribían en la prensa anarquista. En su análisis sobre la prensa anarquista en España Lily Litvak sostiene que los anarquistas basaban su periódico en escritores no profesionales. Pero para el caso argentino Juan Suriano, Diego Armus y el reciente trabajo de Mariana di Stefano coinciden en que, si bien las redacciones contaban con la colaboración de obreros manuales,

¹⁵ Si bien enfatiza el lugar de la información di Stefano reconoce que la función del periódico para el anarquismo excedía la de informar o formar doctrinariamente y apuntaba más bien a moldear la subjetividad necesaria para llevar adelante la acción política que se proponían y construir lazos entre los que participaban de la empresa. En Mariana di Stefano, op. cit., 195.

¹⁶ Mirta Lobato analiza las transformaciones de la utilización de recursos gráficos en la prensa obrera con la incorporación de mejoras técnicas como el fotomontaje o en las formas de representar el trabajo. En Mirta Lobato, *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958* (Buenos Aires: Edhasa, 2009).

la gran mayoría de sus redactores eran publicistas o intelectuales.¹⁷ La comunidad buscaba escritores o redactores experimentados para cubrir sus páginas y no delegaba esta tarea en cualquier militante (di Stefano, 2010, 198) Estos podían pertenecer al grupo que Suriano denomina *doctrinarios puros*—aquellos que desde una perspectiva ortodoxa podían funcionar casi como intelectuales orgánicos del movimiento pretendiendo establecer los límites de lo que era considerado o no anarquista—y los *intelectuales heterodoxos*—más abiertos doctrinariamente y que en general provenían de las letras.¹⁸ La tensión entre estos dos grupos atravesó todo el período analizado y tiene que ver con las contradicciones de un movimiento que funcionaba como un “verdadero mosaico doctrinario” (Suriano, 2001).¹⁹

Al menos hasta el Centenario el mundo literario e intelectual compartía algunos tópicos libertarios, sobre todo aquellos más ligados al discurso liberal de las libertades individuales, el progreso social y la justicia (Armus, mimeo). La prensa libertaria no estaba sola en su esfuerzo por alentar la difusión masiva de la literatura o construir un cierto tipo de lector. En este sentido Armus llama la atención sobre la similitud entre la ficción que aparece en la prensa libertaria y la novela sentimental analizada por Beatriz Sarlo para el período de entreguerras. Tanto la prensa anarquista como la socialista, las novelas semanales, el folletín científico, las revistas técnicas o la prensa gremial, compartían recursos literarios y

¹⁷ Gregorio Inglán Lafarga, primer director de La Protesta Humana, era obrero ebanista y desempeñó una intensa labor periodística como colaborador en diversas publicaciones.

¹⁸ Entre los doctrinarios puros pueden mencionarse figuras como Eduardo Gilimón, Elam Ravel, Mariano Forcat, Edmundo Calcagno, Manuel Vázquez, Santiago Locascio, Juan Bianchi, Juan Creaghe, Mariano Cortés (Altair), Virginia Bolten, Ana López, Diego Abad de Santillán entre otros. Dentro del grupo de intelectuales locales que mantuvieron un heterogéneo lazo con el anarquismo figuran Julio Barcos, Alberto Ghirardo, Rafael Barrett, Alejandro Sux, Rodolfo González Pacheco. Figuras como José Ingenieros, Manuel Ugarte, Francisco Grandmontagne, Macedonio Fernández o Evaristo Carriego participaron antes del Centenario en los periódicos libertarios.

¹⁹ Entre estas contradicciones debe considerarse la constante tensión entre el campo del movimiento gremial y obrero y el sector de los doctrinarios puros. El intento de Alberto Ghirardo en 1904, cuando asumió como director de La Protesta, por convertir al periódico en órgano oficial de la FORA fue resistido por una parte importante del movimiento. Estas discusiones internas, cuya base era la percepción clara por parte de muchos militantes de que el anarquismo no se definía a partir de la relación con el movimiento obrero, fueron recurrentes, generaron profundas rivalidades personales y fueron la base de conflictos ideológicos.

formaron parte del esfuerzo educador y reformador de costumbres que insistían en la dignidad y la respetabilidad de los trabajadores y el pueblo (Sarlo, 1985, 1997).

Hacia 1920 el público lector potencial se amplió incorporando a las clases medias y a la clase obrera. Este cambio estaba estrechamente ligado a las transformaciones producidas en los años '20, al proceso de urbanización y alfabetización, al crecimiento de la educación secundaria pero también a las estrategias del mercado editorial local, la democratización de la distribución y el consumo. En este contexto surgió un nuevo periodismo popular y urbano que configuró la variante moderna del escritor profesional. El ritmo, la rapidez, la primacía de la noticia sobre la opinión, las novedades insólitas, las secciones policiales y de deporte, eran estrategias del periodismo norteamericano que dieron lugar a la transformación de escritores y lectores y afectó inevitablemente a la prensa de izquierdas.

La aparición de una prensa moderna, comercial, popular y masiva dirigida y escrita por periodistas profesionales modernizó en los años '20 tanto la manera de presentar la información como el uso de los géneros periodísticos. Para Sylvia Saítta la proliferación del material impreso en Buenos Aires revelaba no sólo el grado de diversificación del mercado periodístico sino también la existencia de una amplia masa de lectores ávidos de noticias y pertenecientes a un amplio abanico de franjas sociales.²⁰ La existencia de este público lector permitió el desarrollo de nuevas estrategias de captación e interpelación y contribuyó al proceso de expansión de la esfera pública moldeando gustos, preferencias, modos de leer y de escribir.

La democratización de la lectura implicó para el anarquismo una serie de desafíos. El crecimiento de la prensa popular y de masas fue un elemento crucial en los procesos de integración de diferentes sectores sociales y culturales; la aparición de un nuevo periodismo, masivo y comercial, reorganizó al resto de la cultura (Saítta, 2000, 455). El proceso

²⁰ Sobre la vinculación entre la democratización de la lectura y el surgimiento del nuevo periodismo en Buenos Aires ver el Capítulo I, "La arena del periodismo" en Sylvia Saítta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920* (Buenos Aires: Sudamericana, 1998).

de articulación entre las clases medias tradicionales y las nuevas clases medias en la cultura de las clases altas junto con la incorporación de los inmigrantes y grupos criollos a las pequeñas clases medias, dio como resultado lo que Beatriz Sarlo denomina una cultura de mezcla (Sarlo, 1988); un sistema de respuestas culturales, una nueva forma de mirar en la que coexistían elementos tradicionales y vanguardistas, rasgos criollistas y modernidad europea. La prensa política, cuya vinculación con un partido o una doctrina permitía lazos relativamente estables con los lectores, se vio, no obstante, afectada por este proceso. Para el anarquismo la contradicción entre una prensa doctrinaria y la ampliación de un público lector significaba un límite a la posibilidad de crecimiento de sus diversas publicaciones. El carácter doctrinal de su discurso periodístico, los constantes problemas financieros que impedían mantener la regularidad de muchas de sus publicaciones y la creciente distancia tecnológica que se profundizó en los años '20 funcionaron, en términos de Suriano, como un “círculo vicioso” (Suriano, 2001, 210). Más que la superposición de publicaciones—característica que se analizará en el próximo apartado—de la que se lamentaban los sectores más duros del movimiento vinculados a *La Protesta*, fue la desventaja tecnológica y financiera con respecto a la prensa comercial la que abrió la brecha.²¹ En este sentido la prensa de izquierdas en general perdió atractivo para los lectores, ávidos de consumir periódicos de mejor calidad gráfica y con una amplitud temática e informativa mayor que la que encontraban en este tipo de publicaciones.

Para Diego Armus, en cambio, el principal obstáculo que enfrentó la prensa anarquista en la década del '20 fue el abandono de los intelectuales locales;²² si bien siempre habían mantenido un heterogéneo lazo con el anarquismo, a partir de la profesionalización de la figura del escritor la

²¹ Juan Suriano sostiene que “en un momento donde los avances de la técnica (nuevas rotativas, suscripción a agencias de noticias, mejoras en la distribución, edificios propios) se producía a grandes pasos, la prensa libertaria, que a duras penas salvaba los costos de impresión, estaba imposibilitada de adaptarse a esos cambios o lo hacía mal o tardíamente”, op. cit, 205.

²² Ana Lía Rey sostiene que a principios del siglo XX el anarquismo ofrecía a muchos escritores en vías de profesionalización un espacio vacante para la creación cultural y en este sentido su incorporación a la prensa libertaria fue una estrategia, una vía de legitimación cultural. En “Martín Fierro, Revista popular ilustrada de crítica y arte (1904-1905). Bohemia y anarquismo”, *Actas del Seminario Regional La Prensa Alternativa*, UTBA, 2005.

prensa anarquista perdió sentido como escalón necesario para la consolidación de estas carreras. Siguiendo diversas trayectorias estos escritores, periodistas y ensayistas terminaron alejándose del movimiento para incorporarse a la industria cultural.²³ Al mismo tiempo la prensa anarquista de los años '20 se replegó paulatinamente en el ámbito laboral que estaba siendo dominado cada vez más por el sindicalismo; en este sentido puede leerse la afirmación de Armus de que “la prensa anarquista parece haber perdido la calle”, al desvincularse de la vanguardia estética y dirigirse exclusivamente al público obrero (Armus, mimeo, 9).

No obstante, a la luz de los emprendimientos periodísticos libertarios de la década del '20 y teniendo en cuenta una línea que subraya la continuidad en los contenidos y secciones de periódicos como *La Protesta* o *La Antorcha*, la hipótesis de Diego Armus de que la prensa anarquista se transformó en un diario escrito por obreros y para obreros puede ser matizada. Si bien es cierto que el anarquismo perdió peso en los círculos literarios y una serie de figuras vinculadas al periodismo se alejaron de sus filas, la hipótesis de Armus parece estar enfocada al caso de *La Protesta*. En el recorrido por otras publicaciones no hay tal abandono de la vanguardia literaria; escritores como Elías Castelnuovo colaborando en 1919 en el periódico *Tribuna Proletaria* o Rodolfo González Pacheco, dramaturgo, anarquista y director de *La Antorcha*, permiten matizar esta idea.²⁴

La variedad como problema

Una de las características distintivas del anarquismo argentino frente al resto de la izquierda fue la ausencia de una autoridad centralizada

²³ En este grupo podían contarse José Ingenieros, Manuel Ugarte, Francisco Grandmontagne, Carlos Suriguez y Acha, Macedonio Fernández y Evaristo Carriego. Raúl González Tuñón, Elías Castelnuovo y Roberto Arlt en los años '20 dejaron de escribir en diarios obreros y se volcaron a los nuevos periódicos populares y las revistas de vanguardia. En Diego Armus, “La prensa anarquista entre la política y la cultura”, University of California, Berkeley, Department of History, Mimeo, 10 y 21.

²⁴ González Pacheco fundó y editó los diarios *Germinal* (1906), *La Mentira* (1908), *La Campana Nueva* (1909), *La Batalla* (1910), *Alberdi* (1910), *Libre Palabra* (1911), *La Protesta Humana* (un intento por refundarla que duró sólo unos pocos números en 1916), *La Obra* (1916-1919), *El Libertario* (1920) y *La Antorcha* (1921-1932).

y reconocida que determinara los límites frente a los cuales un sector disidente corría el riesgo de ser expulsado del movimiento. Por el contrario, la regla general fue el constante desdoblamiento de la comunidad libertaria en nuevos grupos, círculos y publicaciones que seguían identificándose como anarquistas y se presentaban como verdaderos defensores del ideal.²⁵

Trasladada a la prensa, implicaba que cada sector o agrupación editaba simultáneamente diversos periódicos que se superponían y hablaban en nombre del anarquismo. Esta fue la principal particularidad de la prensa libertaria con respecto al resto de la izquierda y constituyó al mismo tiempo su principal fortaleza y su principal fuente de contradicciones. Como ha señalado Juan Suriano, resultaba perfectamente lógico que dentro de un movimiento cuya prensa abarcaba los géneros de la sociología, las letras, las artes, la filosofía y la política, cada publicación expresara diferentes adhesiones doctrinarias (Suriano, 2001, 202). La ausencia de una autoridad centralizada que unificara criterios favoreció que las diversas tendencias que contenía el anarquismo local tuvieran sus propias expresiones periodísticas y el surgimiento de emprendimientos destinados al combate ideológico interno.²⁶ Diversos grupos o personas podían aventurarse a editar una *hoja* sin tener en cuenta las necesidades del grupo, la disputa por los lectores o el hecho de que apelaran al mismo

²⁵ En septiembre de 1924 el Comité Ejecutivo de la FORA expulsó al sector disidente reconocido como *antorquista*, cuya confrontación con la Federación y el periódico *La Protesta* se había profundizado en el último año. La resolución determinaba que “Se considera al margen de la FORA a todos los elementos que hacen labor derrotista y obstaculizan la propaganda del comunismo anárquico. Se resuelve aislar a los grupos *La Antorcha*, *Pampa Libre e Ideas*, no consintiéndoles injerencia en los organismos federados y retirándoles todo concurso material y moral. Excluir de los cargos representativos en las entidades federadas a las personas que respondan a la tendencia de dichos grupos. Se consideran separadas de la FORA a las entidades que no acepten este temperamento”. Este episodio representó un hecho inédito en una institución libertaria porque fue un intento por imponer una sanción disciplinaria dentro del movimiento expulsando a una de las corrientes internas. Sobre este tema ver Luciana Anapios, “Debates y conflictos internos en el anarquismo argentino durante las entreguerras”, Tesis de Maestría, IDAES-Universidad Nacional de San Martín, 2009. La cita corresponde a Diego Abad de Santillán, *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina* (Buenos Aires: Libros de Anarres, 2005), 276.

²⁶ Entre otros, el periódico *Culmine*, editado en italiano desde 1925 por Severino Di Giovanni funcionaba como una empresa individual y representaba a la corriente que reivindicaba la expropiación y la violencia directa, en una polémica directa con la línea sostenida en *La Protesta*.

público lector al que podía resultarle una ardua tarea conocer y distinguir entre las varias publicaciones que se superponían en diferentes momentos.

Esta característica le otorgaba al movimiento un gran dinamismo al permitir que diversos sectores se apropiaran de la voz libertaria e interpretaran y reinterpretaran los principios doctrinarios, tomaran posición ante determinadas coyunturas, discreparan en torno a los principales desafíos del movimiento y privilegiaran el arte, la sociología o la política para expresar el ideal. Las diversas tendencias que albergaba el anarquismo local encontraban en la edición de un periódico un camino para la construcción de su identidad, diferenciación interna y para la consagración de sus redactores. No sólo permitió que en ciudades y pueblos del interior existieran varias publicaciones libertarias, ayudando de esta forma a la propaganda del ideal, sino que fue interpretado por gran parte del movimiento como un signo de vitalidad, una característica intrínseca a un movimiento descentralizado y polifacético.²⁷

Rodolfo González Pacheco, dramaturgo y publicista anarquista y uno de los defensores de la edición descentralizada de periódicos, sostenía que “el arraigo de la revolución en un pueblo se comprueba en la cantidad de sus periódicos” y que la prensa revolucionaria, allí donde surgiese debía ser defendida, aún aquellos periódicos “pequeñitos, mal escritos, peor impresos, como sean” (González Pacheco, 1956, 87).²⁸

No obstante, desde fines del siglo XIX un sector del movimiento critica esta tendencia innata. Si bien desde sus inicios la prensa se había caracterizado por la variedad de grupos que participaron, temáticas, lenguas en las que se redactaban y volumen de tiraje, la aparición de *La*

²⁷ Para un breve recorrido por las principales publicaciones anarquistas en el interior entre 1910 y 1930 ver Diego Abad de Santillán, “Bibliografía anarquista desde sus orígenes hasta 1930”, en *Timón*, Barcelona (septiembre-diciembre de 1938): 180-183.

²⁸ La preocupación por el estilo y la calidad de la prensa anarquista fue temprana en el anarquismo local. La defensa de la proliferación de periódicos que realizaba González Pacheco debe ser leída en el contexto de la década del '20 cuando se organizó una corriente disidente a *La Protesta* y la FORA que fue reconocida dentro y fuera del movimiento como “antorchartas” en referencia al periódico *La Antorcha* que se publicó entre 1921 y 1932, dirigido por González Pacheco y Teodoro Antillí. Sobre este tema ver Luciana Anapios, “Del debate al atentado. La lucha por el control de los recursos en el movimiento anarquista, 1915-1924”, en Silvia Mayo y Beatriz Moreyra (Coord.), *Miradas sobre la historia social en Argentina en los comienzos del siglo XXI* (Córdoba: Segreti-CEHAC, 2008).

Protesta Humana en 1897 representó un primer intento por unificar esfuerzos. Resulta significativo que para la aparición de este periódico tan emblemático, el doctor Juan Creaghe—uno de los principales responsables de su aparición—decidiera suspender la edición de *El Oprimido*, editado desde 1894, para no superponer esfuerzos (Santillán, 1938, 185).²⁹

Desde su fundación, *La Protesta Humana*—y a partir de 1903 *La Protesta*—constituyó un referente para amplios sectores del movimiento libertario. Si bien siempre convivió con otros periódicos impulsados por corrientes opuestas a la organizadora—como *La Autonomía Individual*, el individualista *Germinal*, el periódico comunista anárquico antiorganizador *El Rebelde*, junto a una serie de revistas culturales—y con corrientes opuestas al grupo editor de *La Protesta* después—como el semanario *La Mentira*, *La Obra*, *Tribuna Proletaria*, *Ideas*, *La Antorcha*, por mencionar los más relevantes—la idea de que *La Protesta* era el diario de la comunidad anarquista y que debía recibir el apoyo de toda la comunidad se hizo más fuerte a partir del triunfo de la corriente organizadora dentro del movimiento.³⁰ La vinculación de este proyecto editorial con el fortalecimiento de la FORA le permitía a Diego Abad de Santillán, dirigente, intelectual e historiador del movimiento, sostener que “la historia de *La Protesta* equivale a la historia del movimiento obrero revolucionario y del anarquismo del país, pues no hubo acontecimiento en el campo obrero a que no estuviera ligada de un modo u otro” (Abad de Santillán, 1930, 105).

Con este argumento un amplio sector defendía la necesidad de concentrar energías en el sostenimiento de *La Protesta* y criticaba la

²⁹ El Dr. Juan Creaghe, médico y publicista de origen irlandés, fue “el alma y el nervio” de *La Protesta*, tal como lo definió Eduardo Gilimón. Aportó económicamente desde la aparición de *La Protesta Humana*, la dirigió en más de una oportunidad y fue quien más insistió en la necesidad de transformar esta publicación en un diario que se imprimiera en talleres y con máquinas propias. Para un breve recorrido por su participación en el movimiento anarquista argentino ver Horacio Tarcus, *Diccionario Autobiográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la Nueva Izquierda (1870-1976)* (Buenos Aires, Emecé, 2007).

³⁰ Para una reconstrucción de las principales publicaciones libertarias ver Diego Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, Argonauta, Buenos Aires, 1930; “Bibliografía anarquista...” op. cit.; “La Protesta, su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”, en Certamen internacional de La Protesta, Editorial La Protesta, 1927. Edición digital CeDInCI, Biblioteca Popular José Ingenieros.

superabundancia de periódicos. Lejos de representar un signo positivo en sí mismo y aunque daba cuenta de un movimiento relativamente numeroso, Abad de Santillán sostenía que entre los motivos de aparición de nuevos periódicos la “necesidad efectiva” era en general superada por los “pruritos intelectuales y literarios” y las divergencias personales. Además de ser un “derroche estéril de energías y dineros”, la multiplicación de periódicos perjudicaba la calidad de las publicaciones. La prensa era una herramienta de propaganda; vital, seguramente, pero para Santillán estaba sobrevaluada y sostenía que “la propaganda escrita es sólo una de las tantas formas posibles de propaganda y de proselitismo y hasta aquí el movimiento anarquista de la Argentina ha dado a esa forma un predominio excesivo, olvidando o restringiendo demasiado el ejercicio de los demás” (Santillán, 1938, 184).

La prensa funcionaba como un espacio de encuentro, confrontación y construcción de identidades en el interior del movimiento; el espacio en el que desplegaban intereses y ambiciones que trascendían las identificaciones ideológicas. Fue el emprendimiento por el que editores, administradores y obreros renunciaban a sus salarios en caso de ser necesario; pero fue también el escenario de disputas de poder. Sobre todo fue *La Protesta* el centro de ambiciones y tensiones.³¹ Como empresa editorial era el único periódico en el que sus miembros cobraban un salario, reunía los bienes e insumos de todo el movimiento y un puesto en la redacción de ese periódico podía ser objeto de confrontaciones.³² Al mismo tiempo mantuvo hasta la década del ‘30 una estrecha relación con la FORA

³¹ Hasta 1909 la tirada de *La Protesta* osciló entre los 4.000 y 8.000 ejemplares diarios pero a partir de allí llegó a elevar el tiraje hasta alrededor de 16.000 ejemplares al comenzar 1910. Esta mayor demanda como consecuencia del clima de movilización y descontento social en la víspera del Centenario, alentó a los editores anarquistas a cubrir una franja de mercado vespertino y publicar un segundo diario, *La Batalla* que salía por la tarde. Diego Abad de Santillán menciona que este fue un caso único en el mundo, de una empresa periodística libertaria con un diario matutino y uno vespertino. En Juan Suriano, op. cit.

³² La falta de alternancia en los puestos clave de *La Protesta* fue objeto de crítica. El caso de Apolinario Barrera fue significativo ya que ocupó el cargo de administrador del periódico desde mediados de la década del ‘10 hasta mediados de la década del ‘20, cuando dejó su cargo para ocupar el de intendente general de los talleres del diario *Crítica*. En Diego Abad de Santillán, *Memorias. 1897-1936*, (Barcelona: Espejo de España, 1977).

y esto le permitió funcionar en muchas ocasiones como el órgano político del movimiento.

Los principales recursos que generaba el movimiento anarquista y que le permitía poner en funcionamiento una serie de acciones de propaganda provenían de *La Protesta* y de la FORA. Alrededor de la empresa editorial se estructuraban una serie de insumos y puestos estratégicos cuyo control tarde o temprano fue discutido en el interior del movimiento.³³ *La Protesta* poseía una imprenta propia desde 1904, un recurso fundamental para el movimiento libertario. No sólo se trataba de una herramienta vital para dar a conocer sus ideas entre los trabajadores y un público más amplio representado por sectores populares e intelectuales; su rol hacia dentro del movimiento no dejaba de ser menor.

Ser propietario de una imprenta significaba poder publicar un periódico sin depender del alquiler ni el permiso de un taller externo. Permitía colaborar con otros emprendimientos mediante el préstamo de las máquinas y era una forma de evitar las dificultades constantes que sufrían las publicaciones que no poseían una imprenta propia, cuyos números se veían interrumpidos por huelgas o negativas del propietario de una imprenta en momentos de represión. La propiedad de una imprenta otorgaba poder a quienes la detentaban. Este era el recurso fundamental del movimiento anarquista y a él estaban asociados toda una serie de recursos menores. Los ingresos por suscripciones y las colaboraciones de simpatizantes, agrupaciones y gremios, una fuente importante de dinero para los periódicos, generalmente eran recaudados centralizadamente por el grupo editor de *La Protesta* y repartidos luego a quien correspondía.³⁴

Poseer la propiedad de las máquinas para imprimir un periódico daba libertad a sus propietarios pero al mismo tiempo, como fuente de

³³ Aunque tardíamente con respecto a otros periódicos anarquistas, *La Protesta* adoptó en 1904 la publicidad como forma de financiamiento y de ampliar el público lector e incorporó una sección gratuita de oferta y demanda de trabajo que funcionó hasta 1909. Por otra parte en los Talleres Gráficos *La Protesta* se imprimían “todo tipo de trabajos tipográficos, como ser: periódicos, revistas, programas, papel de cartas, invitaciones, sobres, tarjetas comerciales, sellos de goma, timbrados y fábrica de libros comerciales, etc.”, *La Protesta*, 23 de enero de 1919.

³⁴ En los balances mensuales que publicaba *La Protesta* en la última página podían leerse las colaboraciones materiales con diversas publicaciones, incluidas aquellas que representaban a corrientes disidentes.

poder dentro del movimiento, era una fuente de conflictos. Si bien en el anarquismo fueron escasas las ocasiones en las que se discutió abiertamente el problema de la propiedad, ya no como principio doctrinario sino como hecho cotidiano, una de las excepciones fue precisamente en relación a la imprenta. A mediados de 1925, los periódicos *La Antorcha* e *Ideas*—que representaban a la corriente disidente de *La Protesta* y la FORA—compraron una imprenta propia.³⁵ Este hecho, que las editoriales de estos periódicos festejaron, fue puesto en duda por Fernando del Intento, reconocido militante, fundador y redactor principal de *Ideas*, quien sostuvo que la propiedad dentro del movimiento desembocaría inevitablemente en acciones autoritarias con el objetivo de mantener la exclusividad de la imprenta e impedir la competencia de otros emprendimientos.³⁶

Quienes defendían la compra de una imprenta propia sostenían en cambio que, a diferencia de lo que ocurría con la imprenta de *La Protesta*—que era administrada como un empresa editorial y como tal “procuraba la quiebra de sus competidores”—la máquina de *Ideas* sería “una promesa de folletos, de miles de folletos, que por menos que nada echaremos a volar sobre la tierra, por la anarquía”.³⁷ Detrás de esta mirada romántica de la administración de una imprenta había una crítica al grupo editor responsable de *La Protesta* al que se consideraba más preocupado por los balances comerciales que por la propaganda del ideal. Los editoriales del quincenario *Ideas* y del periódico *La Antorcha* del año 1924 dan cuenta de una serie de críticas a la lógica comercial con la que se manejaba *La Protesta*. Durante las huelgas generales de 1924—contra la ley de jubilaciones—y 1927—durante las campañas contra la ejecución de Sacco y Vanzetti—se denunció el hecho de que la imprenta de *La Protesta* continuara trabajando.³⁸

³⁵ El quincenario *Ideas* se editaba en la ciudad de La Plata desde 1918. Logró tener una imprenta propia y entre sus principales redactores figuraban Fernando del Intento, Jacobo Prince, Enrique Balbuena, José María Lunazzi y Segundo del Río.

³⁶ Ver *La Antorcha*, “Temas de la vida anarquista: entre nosotros”, N° 171, (31 de julio de 1925): 2.

³⁷ “Para nuestra Minerva”, *Ideas*, primera quincena (julio de 1924): 4.

³⁸ En uno de los editoriales se reclamaba “No a negar la utilidad de los aportes más pequeños ufanándonos de los nuestros como únicos salvadores del

La vinculación directa entre recursos e imprenta contribuyó a que el conflicto por su control fuera identificado dentro del anarquismo como *el problema de la prensa*. *La Protesta* se había convertido en una empresa editorial, en cuya imprenta se realizaban diversos trabajos y que funcionaba como fuente de distribución de esos ingresos hacia diversas agrupaciones del interior del país. Si bien no se discutía directamente la propiedad de la imprenta—salvo en el caso de Fernando del Intento mencionado más arriba—esta fue la cuestión que sobrevoló durante más de una década los conflictos vinculados a la prensa. En la década del '60, en una entrevista realizada por Osvaldo Bayer, Diego Abad de Santillán reconocía que “*La Protesta tenía, en los años '20 verdadera solidez económica, tanto es así que sus proveedores señalaban que era la empresa de más confianza comercial después de La Prensa en cuanto a créditos se refiere*”. Esto, que era un orgullo para los hombres de *La Protesta*, servía a *La Antorcha* para decir que a López Arango y Abad de Santillán les interesaba más defender las máquinas que llegar a imponer la idea” (Bayer, 1998, 90-91)³⁹

La principal impugnación a *La Protesta* durante los años '20 fue lo que la corriente disidente interpretaba como un proceso de centralización en torno al periódico principal y a la FORA; en este sentido era la reedición de discusiones clásicas en torno al grado de vinculación entre las organizaciones gremiales y la prensa. Durante el primer Congreso Anarquista Regional—celebrado en octubre de 1922—se acordó que un punto a discutir durante su octava sesión fuera la prensa. El amplio debate entre diversas agrupaciones y publicaciones de Buenos Aires y el interior reflejaba la separación, reconocida por todos, de dos sectores dentro del

orden y de las instituciones con la misma arrogancia de un enorme edificio, que no sería tal sin el concurso del pequeño ladrillo; no a deshonrarnos, con la propia alegría del comerciante infame, al contemplar la quiebra de su competidor”, *Ideas*, segunda quincena (febrero de 1924): 1.

³⁹ Durante la década del '20 *La Protesta* editó un suplemento semanal que fue célebre. Emilio López Arango fue un obrero panadero y periodista autodidacta, colaborador y editor de periódicos como *El Obrero Panadero*, *El Repartidor del Pan*, *Alborada* y *El Burro*. En la década del '20 integró el grupo editor de *La Protesta* y formó parte del Consejo Federal de la FORA. Fue una de las figuras más controvertidas en el período de agudización de los conflictos internos de mediados de los años '20. Su asesinato, en octubre de 1929, causó una profunda impresión en el movimiento porque en los últimos meses recibía amenazas de distintas corrientes internas del anarquismo. Ver Osvaldo Bayer, Op. Cit., Diego Abad de Santillán, *Memorias...*, op. cit y Horacio Tarcus, *Diccionario...* op. cit.

movimiento representados por *La Protesta* y *La Antorcha*. Si bien el congreso no tuvo carácter resolutivo se discutió si se exigía a *La Protesta* un cambio en su administración, debido a que los mismos hombres llevaban varios años en sus puestos. Los acalorados debates finalmente concluyeron en dejar intacta la administración en cuestión.⁴⁰ El principal problema alrededor de este punto era que el grupo editor de *La Protesta* no dependía del voto de agrupaciones de afinidad o de los sindicatos como sucedía con otros periódicos anarquistas. En la práctica funcionaba como un ente autónomo que había surgido en un momento crítico—tras la represión de la Semana Trágica—de una asamblea de militantes para enfrentar la conmoción interna. Abad de Santillán explicaba que el mecanismo para modificar la composición del grupo era el apoyo o el rechazo de los lectores. Este mecanismo hacía que la disidencia se expresara separándose del grupo editor para formar un nuevo periódico.

La falta de rotación en los puestos de administración y redacción de *La Protesta* continuó generando críticas desde los sectores disidentes para los que *La Protesta* era el diario de la colectividad anarquista y como tal se debía al movimiento. Un mes antes del Congreso Anarquista regional, *Ideas* publicó un extenso artículo de Pierre Quiroule en el que realizaba una crítica a la forma en que estaba administrado y controlado el principal diario anarquista.⁴¹ A diferencia de Fernando del Intento o Teodoro Antillí que se oponían a sugerir la necesidad de controlar a *La Protesta*, Quiroule sostenía que esta debía ser intervenida por la comunidad libertaria.⁴² La

⁴⁰ El militante anarquista Aureliano Lorenzo, en representación personal, sostuvo durante el debate que “*La Protesta* no debe seguir así, porque cinco o seis hombres que están a su frente, no pueden satisfacer los deseos de la colectividad.” En *La Protesta*, “Primer Congreso Anarquista Regional” 10 de octubre de 1922.

⁴¹ Pierre Quiroule, seudónimo de Joaquín Alejo Falconnet, fue un periodista y escritor anarquista que colaboró y editó diversos periódicos. Integró el grupo editor de *La Protesta* en 1907 y entre 1913 y 1916 para luego alejarse por diferencias internas. Fue autor de obras teatrales, folletos de divulgación política y filosófica anarquista y de la trilogía utópica *Sobre la ruta de la anarquía* (1912), *La ciudad anarquista americana* (1914) y *En la soñada tierra del ideal* (1924). En Horacio Tarcus, *Diccionario...* op. cit., 541-543.

⁴² Teodoro Antillí fue un periodista anarquista que entre otros emprendimientos fundó junto a Rodolfo González Pacheco los periódicos *La Batalla*, *La Obra*, *Tribuna Proletaria* y finalmente *La Antorcha* en 1921. Fue uno de los críticos más profundos al rumbo que había tomado *La Protesta* en la década del ‘20 y cuestionó la centralización creciente que ejercían dentro del movimiento *La Protesta* y la FORA.

crítica apuntaba a varios aspectos; se había transformado en un periódico obrerista, demasiado ocupado en huelgas y boicots y funcionaba en la práctica como órgano oficial de la FORA. Al respecto el autor sostenía que un periódico anarquista debía servir a la propaganda, propagar la idea, educar e iluminar a los trabajadores. Destacaba la falta de un programa que organizara la propaganda y que le indicara al personal de administración, talleres y redacción el objetivo con el que había sido organizado el periódico, que era la difusión del comunismo anárquico. “Porque no hay que olvidar que el personal cobra un salario por el cargo que ocupa, para cumplir un objetivo que la colectividad les encargó. El diario pertenece a la comunidad, de la que recibe ayuda material e intelectual”.⁴³ Quiroule reconocía que *La Protesta* se había convertido en una poderosa empresa comercial pero advertía que quienes estaban a su cargo la manejaban como una empresa individual. Frente a esto destacaba la necesidad de insistir en la rotación de los cargos y en el cumplimiento de los plazos establecidos para la publicación del estado de la caja.

Quiroule proponía para la renovación parcial o permanente de los redactores que los turnos fueran semestrales. Finalmente sostenía que un periódico de la colectividad debía ampliar sus páginas para incluir secciones en las que se expresaran las diversas corrientes internas. De esta manera el lector podría estar al tanto de las tendencias internas que conformaban al anarquismo local y, por una módica suma de dinero, estar al tanto de los debates actuales, cosa que “hoy no sucede porque deberían comprar todas las hojas que existen”.⁴⁴ Más allá de esta lectura utópica de lo que se esperaba de un diario anarquista—que no fue retomado por otros militantes—Quiroule destacaba un hecho que se repetía en otros columnistas y era el permanente estado de crisis en el que vivían las publicaciones menores que, debido a los flacos salarios obreros, estaban condenadas a desaparecer a los pocos números. Al mismo tiempo era una intervención atrevida que alternaba el tono irónico con la crítica profunda sobre el rol que debía cumplir la prensa en el movimiento anarquista.

⁴³ Pierre Quiroule, “De nuestras cosas: a la espera del Congreso Anarquista”, *Ideas*, primera quincena (septiembre de 1922): 3. Continúa en el número siguiente de la segunda quincena de septiembre de 1922.

⁴⁴ *Ibidem*.

En uno de sus primeros artículos aparecidos en *La Antorcha* a fines de 1922, Teodoro Antillí volvió a plantear sin eufemismos la existencia de un *problema de la prensa*. La impugnación central apuntaba a la cuestión de los recursos al criticar la arbitrariedad de la colaboración de *La Protesta* con otras publicaciones. *La Protesta* brindaba su apoyo material a ciertas publicaciones pero ante la menor disidencia, lo retiraban.⁴⁵

En realidad *La Protesta* no impedía que surgieran nuevos proyectos por fuera de ella pero la desigualdad a la hora de presentarse como órganos de la colectividad era evidente. Era allí donde se cometía, según Antillí, una gran injusticia; porque el reconocimiento de la tutela de *La Protesta* y la desigualdad de recursos implicaba una jerarquización de la pertenencia al movimiento. Para esta interpretación el problema era *La Protesta* y sólo devolviéndola a su lugar de órgano de un sector del anarquismo podían terminarse los debates. Antillí lo reconocía cuando sostenía que

durante un tiempo *La Protesta* fue el único órgano de la colectividad (y) ha insumido los esfuerzos de la colectividad, ha subsistido, ha llegado a tener máquina, a hacerse diario, etc. y esto es todo lo que tiene *La Protesta* de la colectividad. (...) Triste soberanía que solamente los esclaviza y los lleva a discutir las cuestiones únicamente de los que quieren apoderarse de ellos! En efecto (...) la lucha por apoderarse de estos medios y del diario, ha revestido los caracteres de la lucha por el poder.⁴⁶

La defensa de la descentralización en la prensa anarquista se convirtió hacia mediados de la década del '20 en una bandera de lucha esgrimida por el sector disidente de *La Protesta*. Defendían la diversidad y la proliferación de hojas anarquistas como una característica del movimiento que había que defender y, sin identificarse como tales, retomaban argumentos de la tradición individualista del movimiento a fines del siglo XIX al defender la coherencia intelectual por sobre la

⁴⁵ El planteo de Teodoro Antillí demuestra la importancia vital para las publicaciones libertarias del apoyo material de *La Protesta*. No obstante, durante todo el año 1922 y 1923, en los balances mensuales de *La Protesta* continuó apareciendo el monto de dinero entregado a *Ideas* y *La Antorcha*, aún cuando el conflicto y la diferencia entre ambos sectores era evidente. *La Protesta* no les retiró el apoyo de inmediato a estas dos publicaciones, aunque sí lo hizo con publicaciones de menor peso.

⁴⁶ "El problema de la prensa anarquista", *La Antorcha* (29 de septiembre de 1922): 3.

conformación de instituciones formales y la uniformidad doctrinaria.⁴⁷ El enfrentamiento y las divergencias permanentes eran un hecho positivo; en la diversidad de hojas de propaganda y núcleos de acción se evidenciaba la fuerza del movimiento. Esta descentralización permitía la ampliación de perspectivas y por lo tanto mayores posibilidades para la propagación de la idea.

Sin embargo los sectores disidentes, de quienes el periódico *La Antorcha* era el principal exponente—aunque no el único—nunca se reconocieron como individualistas. No criticaron la vinculación con las organizaciones del movimiento obrero ni la existencia misma de la Federación. Más bien dieron cuenta de las contradicciones de un movimiento que defendía la necesidad de formar parte de las organizaciones de los trabajadores pero recelaba de las demandas económicas, que criticaba el autoritarismo pero aceptaba la organización y la jerarquías que inevitablemente traía aparejada, que reconocía que lo que unía a los obreros en una central obrera no eran las ideas sino los intereses económicos, que defendía la multiplicidad de iniciativas periodísticas pero demandaba al periódico más importante de la colectividad el reparto de sus recursos.

Consideraciones finales

Este trabajo apuntó a indagar sobre la especificidad de la prensa anarquista en la Argentina en un período que comprende los orígenes de su influencia local y el golpe militar de 1930. Teniendo en cuenta que el proyecto cultural y pedagógico del anarquismo era tributario de una serie de tradiciones liberales, socialistas, racionalistas e iluministas, la pregunta por la experiencia libertaria en la edición y el sostenimiento de la prensa periódica es también una pregunta sobre el anarquismo como movimiento, sus fortalezas, debilidades y contradicciones.

La elección de la prensa como objeto de análisis brinda la oportunidad de analizar aquello que el anarquismo compartió con las experiencias socialistas y gremiales, aquello que lo diferenció de los

⁴⁷ Sobre el debate entre individualistas, anti-organizadores y organizadores ver Juan Suriano, *Anarquistas...* op. cit. y Isaac Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina* (México: Siglo XXI, 1981).

proyectos periodísticos comunistas, los desafíos frente al avance del periodismo de masas y en este sentido buscó insertar al movimiento en un contexto más amplio que trascendiera sus propias prácticas. El proyecto cultural libertario estuvo bajo influencias múltiples y compartió con otras corrientes de la izquierda la idea de que la prensa era un recurso clave en el esfuerzo por moldear, orientar y dirigir una identidad contestataria que no sólo interviniera en la vida política sino que alcanzara las costumbres y modos de vida.

No obstante las características compartidas, este trabajo rastrea las particularidades que distinguieron a la prensa libertaria de otros proyectos. La ausencia de una autoridad centralizada que unificara criterios favoreció que las diversas tendencias que contenía el anarquismo local tuvieran sus propias expresiones periodísticas y el surgimiento de emprendimientos destinados al combate ideológico interno. Esta característica le otorgaba un gran dinamismo al permitir que diversos sectores se apropiaran de la voz libertaria y favoreció la edición de valiosas publicaciones artísticas, sociológicas, políticas, que en la actualidad son objeto de análisis y de las cuales aun son numerosas las que no han sido investigadas.

Esta característica fue al mismo tiempo una fuente de contradicciones internas que no pudieron saldarse; la cuestión nunca resuelta del poder dentro del movimiento, la utilización de los recursos provenientes de la prensa o la centralización que ejerció el periódico *La Protesta* se entrecruzaron con las constantes críticas a la dispersión de esfuerzos. El reclamo de que cada nueva publicación restaba lectores a la anterior dejaba en evidencia—sobre todo a partir de la década de 1920—que el anarquismo se estancaba frente a la competencia del sindicalismo primero y del comunismo después en los lugares de trabajo, del radicalismo o el socialismo en términos de identidad política de los trabajadores y frente a la cultura de masas que avanzaba en ofertas culturales y de entretenimiento.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego. *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005.
- “Bibliografía anarquista desde sus orígenes hasta 1930” en Timón, Barcelona. Septiembre-diciembre de 1938.
- *Memorias. 1897-1936*. Barcelona: Espejo de España, 1977.
- *El movimiento anarquista en la Argentina*. Buenos Aires: Argonauta, 1930.
- “La Protesta, su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur” en *Certamen internacional de La Protesta*. Editorial La Protesta, 1927. Edición digital CeDInCI, Biblioteca Popular José Ingenieros.
- Albornoz, Martín. "Caleidoscopio de palabras. Las reuniones de controversia entre anarquistas y socialistas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX" en *Sociedad, Facultad de ciencias sociales/Prometeo*, Número 28, Primavera 2009.
- *Conflagraciones. Anarquistas en 1910*. Buenos Aires: Lumen, 2010.
- Anapios, Luciana. “Debates y conflictos internos en el anarquismo argentino durante las entreguerras”, Tesis de Maestría, IDAES-Universidad Nacional de San Martín, 2009.
- “Del debate al atentado. La lucha por el control de los recursos en el movimiento anarquista, 1915-1924” en Silvia Mayo y Beatriz Moreyra (Coord.). *Miradas sobre la historia social en Argentina en los comienzos del siglo XXI*. Córdoba: Segreti-CEHAC, 2008.
- Armus, Diego. “La prensa anarquista entre la política y la cultura” en University of California, Berkeley, Department of History. Mimeo.
- Bayer, Osvaldo. *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*. Buenos Aires: Planeta, 1998.
- Camarero, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

- Cibotti, Ema. "Del habitante al ciudadano: la condición del inmigrante". En Mirta Zaida Lobato (Dir.). *El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Debray, Régis. "El socialismo y la imprenta". *New Left Review*. No. 46. Septiembre-octubre de 2007.
- di Stefano, Mariana. "Políticas del lenguaje del anarquismo argentino (1897-1917)". Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Octubre 2009.
- Eujanián, Alejandro. "La cultura: público, autores y editores", en Marta Bonaudo (Dir.). *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Tomo IV. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- González Pacheco, Rodolfo. *Carteles*. Tomo I. Buenos Aires: Américalee, 1956.
- Litvak, Lily. "La prensa anarquista (1880-1913)" en Bert Hofman, Pere Joan I Tours, y Manfred Tietz (Ed.). *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*. Madrid: Vervuert Iberoamericano, 1995.
- Lobato, Mirta Zaida. *La Prensa Obrera. Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa, 2009.
- "Estado, gobierno y política en el régimen conservador" en Mirta Lobato (Dir.). *El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Martínez Mazzola, Ricardo. "De *El Obrero* a la *Humanidad Nueva*. El papel de la prensa en la formación del socialismo en la Argentina (1890-1910)". Seminario Regional *La Prensa alternativa. Diarios, revistas y panfletos en América Latina, 1890-1958*. Buenos Aires: UBA-UNSAM, Sepsis, septiembre de 2005.
- Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina Moderna*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1988.
- Oved, Isaacov. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México: Siglo XXI, 1981.
- Lía Rey, Ana. "Martín Fierro, Revista popular ilustrada de crítica y arte (1904-1905). Bohemia y anarquismo". *Actas del Seminario Regional La Prensa Alternativa*, UTBA, 2005.

- Sábato, Hilda. "La vida pública en Buenos Aires" en Marta Bonaudo (Dir.). *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*. Tomo IV. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*. Buenos Aires: Catálogos, 1985.
- *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997.
- Saítta, Sylvia. *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Suriano, Juan. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Tarcus, Horacio. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- *Diccionario Biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé, 2007.